



MASALLES ©

HAYEDO DEL RETAULE EN LOS PUERTOS DE TORTOSA

EL PAISAJE VEGETAL DE LAS MONTAÑAS TARRACONENSES



EL PAISAJE VEGETAL DEL PAÍS ES UN COMPLEJO MOSAICO CON COMUNIDADES DE AFINIDADES CENTROEUROPEAS O BOREALES, GENERALMENTE DE POCA EXTENSIÓN, QUE FORMAN RODALES EN MEDIO DE LA VEGETACIÓN MEDITERRÁNEA



RAMON M. MASALLES I SAUMELL PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Las montañas tarraconenses forman una alineación aproximadamente paralela a la costa integrada en el denominado sistema Catalánico y cerrada, hacia el interior, por una llanura litoral de antiquísimas raíces agrícolas conquistada por el turismo en los últimos decenios. Con pocas excepciones, sus altitudes máximas oscilan en torno a los 1.000 m. hasta

alcanzar los 1.201 en el macizo de Prades, los 1.156 en el Montsant y los 1.447 en los Puertos de Beseit. Los ríos, con sus afluentes (principalmente el Ebro, el Francolí y el Gaià) comparten el conjunto en una serie de sierras orientadas, aproximadamente, de nordeste a sudoeste, las más individualizadas de las cuales son las de Brufaganya, Ancosa, Miramar, Prades,

Montsant, Tivissa-Llaberia, Cardó, los Puertos y Montsià.

Todas estas sierras son distintas tanto por lo que se refiere a su superficie y relieve como al substrato y al establecimiento humano; precisamente la superposición de la notable riqueza de materiales geológicos con la diversidad de orientaciones, de altitudes y del grado de intervención humana, explica la he-



MASALLE

CASTAÑAR EN LAS MONTAÑAS DE PRADES

terogeneidad de la cubierta vegetal del país. Pero todas presentan, también, rasgos comunes, entre ellos el clima, de carácter mediterráneo, entre la suavidad de la llanura litoral y la dureza de las comarcas interiores. La pluviosidad, más elevada que en las tierras limítrofes, con un importante contraste entre las vertientes septentrional y meridional. O la vocación forestal, que ha quedado disimulada aquí y allá por los incendios, particularmente frecuentes en estos últimos años, y por la agricultura que aprovechó, a finales del siglo pasado, cualquier rincón, incluso en pendiente; es conveniente recordar que las carboneras han seguido actuando hasta la primera mitad del presente siglo, y que muchos pinares muestran todavía la huella, a menudo en forma de márgenes de piedra, de antiguas explotaciones agrícolas. Por todas estas razones, actualmente, los bosques sólo se manifiestan generosamente en las umbrías, al amparo del abrupto relieve que dificulta las implantaciones agrícolas y la explotación forestal.

Son tierras que ofrecen al visitante una variada gama de productos típicamente mediterráneos, desde los cereales de las altiplanicies septentrionales hasta los frutos secos (es el país de la avellana y la almendra), el vino y el aceite de las tierras centrales y meridionales. Si añadimos las castañas, tradicionales en las montañas de Prades, y las setas, el lector tendrá referencia de algunas de las especialidades gastronómicas típicas del país.

El agua

Situadas entre tierras secas, la lluvia que cae no sólo beneficia los bosques y cultivos sino que impregna, también, el substrato y lo convierte en reserva temporal de un agua que, más tarde, liberará monte abajo. Las fuentes representan, por esta razón, lugares privilegiados que se han convertido a menudo en símbolos, a causa de una ermita o un monasterio o, simplemente, porque han llegado a ser núcleos de distracción y reposo. Encontramos así, situados en lugares excepcionales, los monasterios de Santes Creus y de Poblet y la cartuja de Scala Dei (y también la abadía de Benifassà, en la vertiente valenciana de los Puertos). También los balnearios de Vallfogona de Riucorb, de las Masies y de Cardó. Las ermitas, sin embargo, son tan numerosas (el mismo nombre de Montserrat —monte santo— da fe de la abundancia de ermitas y ermitaños) que no podemos citarlas; desde San Magí de Brufanganya, en el extremo septentrional, hasta Sant Roc, en los puertos, difícilmente podríamos encontrar una sierra sin su ermita.

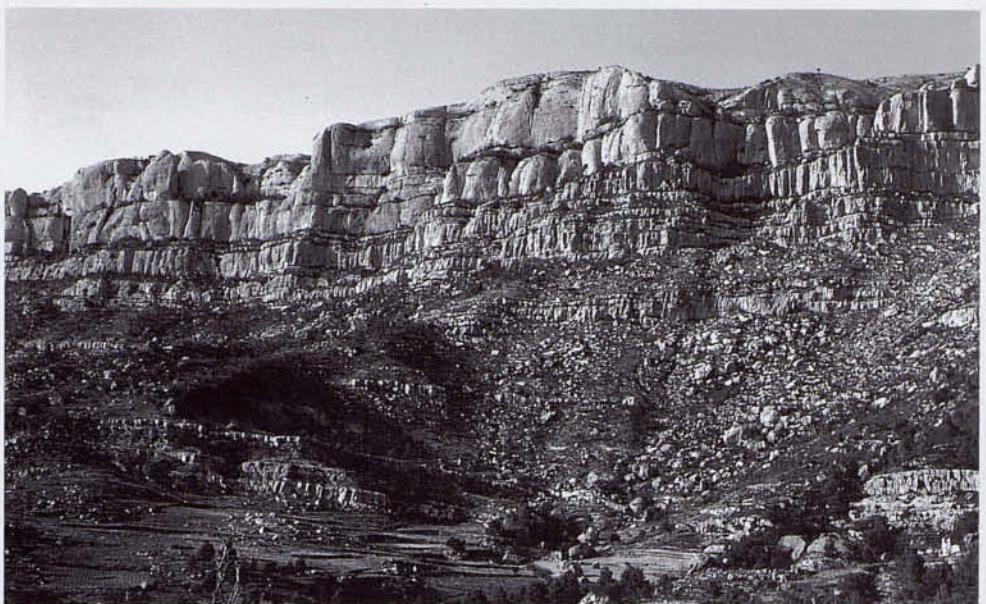
La vegetación

Las montañas tarraconenses constituyen auténticos islotes forestales en medio de las llanuras circundantes, eminentemente agrícolas. Encinares, robledales, pinares de pino rojo, bosques de tejos e, incluso, hayedos están presentes en los numerosos rincones intactos o poco alterados, pero son también muy importantes las superficies ocupadas por vegetación arbustiva y herbácea, a veces con un estrato arbóreo de pino blanco. Por esta razón, el paisaje vegetal del país es un complejo mosaico con comunidades de afinidades centroeuropeas o boreales, generalmente de poca extensión, que forman rodales entre la vegetación mediterránea. Como si quisieran reflejar la soledad del clima, los bosques mediterráneos tienen hojas, por lo general de color verde oscuro, durante todo el año. Las plantas de las comunidades centroeuropeas, en cambio, suelen carecer de hojas en invierno y, durante el resto del año, las tienen de diversos colores, desde el verde tierno de la primavera y el verano, hasta la paleta de los amarillos y bermejos otoñales.

Encuentran aquí refugio determinadas plantas y comunidades prácticamente inexistentes en el resto de Cataluña. Entre las primeras destacan ciertos endemismos (es decir, plantas que no crecen en ninguna otra parte) de origen antiquísimo, como el sauce tarraconense (*Salix tarraconensis*), el abrojo denominado *Centaurea lagascana subesp. podospermifolia* y un tomillo especial,



POBLET Y MONTAÑAS DE PRADES



SIERRA DEL MONTSANT

Thymus willkommii. Las comunidades más notables son el robledal de roble rebollo (*Cephalanthero-Quercetum pyrenaicae*), el pinar primario de pino rojo (*Arctostaphylo-Pinetum catalaunicae*) y la broza de aulaga (*Erinaceo-Anthyllidetum montanae*). Las particularidades de la flora y de la vegetación de estas sierras se explican porque han actuado, en épocas muy pretéritas, como tierras de paso y de refugio, tanto en lo referente a plantas procedentes de los Pirineos como de la cordillera Ibérica y de las montañas andaluzas y valencianas. Todo ello otorga a las montañas tarragonenses un excepcional valor biogeográfico, que se complementa con un grado de conservación localmente notable. Por estas razones, muchas de estas sierras están destinadas a convertirse en áreas protegidas. Comentaremos brevemente, a continuación, algunas de las comunidades vegetales más notables.

Los pinares de pino blanco (*Pinus halepensis*) predominan hasta los 700-900 m. de altitud. Son indicadores, sobre todo, de lugares donde la vegetación primitiva ha sufrido alteraciones importantes (antiguos cultivos, fuegos, etc.) o condiciones ambientales particularmente duras (suelos poco profundos, secos, en pendiente y principalmente de solana, etc.). Las características del suelo condicionan, de modo especial, las comunidades que aparecen bajo las copas, poco densas, de los pinos. En las tierras calcáreas predomina la broza de romero, una comunidad arbustiva tí-

picamente mediterránea caracterizada por una floración que se extiende prácticamente a todo el año, por unas hojas pequeñas destinadas a limitar las pérdidas de agua, por una amplia gama de olores procedentes tanto de las flores como de las glándulas aromáticas de las hojas, etc. Es el dominio de numerosas plantas utilizadas tradicionalmente como medicinales, condimentos o en perfumería: el romero (*Rosmarinus officinalis*), el tomillo (*Thymus vulgaris*), la ajedrea (*Satureja montana*), el ciprésillo (*Santolina chamaecyparissus*), la cardenilla (*Globularia alypum*), el espliego (*Labandula latifolia* y *L. angustifolia*), la siempreviva (*Helichrysum stoechas*), la ruda (*Ruta graveolens*), la salvia (*Salvia officinalis*), etc.

Los robledales ocupan las umbrías de las tierras elevadas, por encima de los 700-800 m. La más notable es la de roble rebollo, que se localiza exclusivamente en la cabecera del valle del Tíllar (montañas de Prades), en la vertiente septentrional del Tossal de la Baltasana. Actualmente es un bosque muy alterado por las prácticas forestales, que pretenden favorecer el pino rojo en detrimento del roble rebollo. Representa una irradiación, ciertamente empobrecida, de la vegetación iberoatlántica propia de las montañas húmedas del interior de la península ibérica.

Los pinares de pino rojo son frecuentes en el piso montano de las sierras tarragonenses. Por lo general se trata de bosques emparentados con los robledales, producto a menudo de la degradación de éstos; pero en las montañas

de Prades y de los Puertos hay pinares primarios de tendencia boreal. Estas comunidades, caracterizadas por un sotobosque donde la gayuba (*Arctostaphylos uva-ursi*) puede llegar a tapizar hasta el 90 % del terreno, forman manchas de pequeña extensión en ciertos rincones umbríos situados entre los 1.000 y los 1.200 m.

El hayedo ocupa pequeños rodales en las umbrías de los Puertos sometidas a la influencia marítima, entre los 1.150 y 1.250 m. de altitud. La comunidad, especialmente bien conservada y extensa en el barranco del Retaule, llega aquí a una de las localidades europeas más extremas hacia el sur. Por esta razón, el sotobosque se enriquece con muchas plantas propias de los robledales secos, que dan a la comunidad un aire muy distinto al de los hayedos centroeuropeos.

En las crestas más aireadas de las montañas de Prades, Cardó y los Puertos aparece una broza baja dominada por plantas pulviniformes (en forma de cojín), entre las que destaca la aulaga (*Erinacea anthyllis*), un pequeño cojín espinoso. Esta clase de vegetación es propia de los pisos culminantes de las montañas ibéricas meridionales y norteafricanas y no supera, hacia el norte, las montañas tarragonenses. El pequeño cojín espinoso es una adaptación a la vida en ambientes muy ventosos y reaparece, por esta razón, en el litoral de las Baleares septentrionales y del alto Ampurdán, en lugares batidos a menudo por el viento del norte, y en los Pirineos. ■